



BEATIFICACIÓN DE LAS MÁRTIRES DE ASTORGA

**«TAMBIÉN NOSOTROS DEBEMOS DAR
LA VIDA POR LOS HERMANOS» (1Jn 3,16)**

CARTA PASTORAL

CON MOTIVO DE LA BEATIFICACIÓN DE LAS MÁRTIRES DE ASTORGA



M^a Pilar Gullón



Olga P. Monteserín



Octavia Iglesias



BEATIFICACIÓN

29 MAYO 2021

MONS. JESÚS FERNÁNDEZ GONZÁLEZ
OBISPO DE ASTORGA

«**TAMBIÉN NOSOTROS DEBEMOS DAR LA VIDA POR LOS HERMANOS**»

(1Jn 3,16)

LAS TRES MÁRTIRES LAICAS DE ASTORGA

MONS. JESÚS FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Obispo de Astorga

Queridos hermanos y hermanas de la Diócesis de Astorga:

El día 11 de junio del 2019, el Santo Padre el Papa Francisco reconocía el martirio de tres jóvenes laicas de nuestra Diócesis, asesinadas por odio a la fe el 28 de octubre del 1936 en Pola de Somiedo (Asturias): las Siervas de Dios M^a Pilar Gullón (25 años), Octavia Iglesias (41 años) y Olga Pérez-Monteserín (23 años). Nuestra Diócesis recibió con enorme gozo la noticia y, desde entonces, se viene preparando para la ceremonia de la beatificación tanto en lo que tiene que ver con la organización del evento como, sobre todo, en lo relacionado con su aprovechamiento espiritual y pastoral.

En este sentido, mi intención es, a partir de unos breves datos biográficos, presentar la beatificación como un momento espléndido para glorificar a Dios porque en las tres jóvenes ha hecho triunfar el amor sobre el odio, el perdón sobre la venganza, la vida sobre la muerte. Además, este magno acontecimiento servirá para subrayar el testimonio de su fidelidad a la vocación laical.

Como dice el Papa Emérito Benedicto XVI, los mártires, con su testimonio, “iluminan nuestro camino espiritual hacia la santidad, y nos alientan a entregar nuestras vidas como ofrenda de amor a Dios y a los hermanos”¹. La beatificación nos ofrece la oportunidad de presentarlas como modelo de vida y la ocasión de hacer resonar una vez más la urgente llamada a la santidad.

En un paso siguiente, presentaré el martirio en la vida cristiana y, en concreto, en la vida de las tres jóvenes laicas, como la realización perfecta del seguimiento de Jesús, del amor y de la perfección cristiana. Finalmente, mostraré la fecundidad del martirio, punto de partida y de llegada de la misión evangelizadora de la Iglesia y guía segura en la renovación espiritual de nuestra Comunidad eclesial por su testimonio de amor, de esperanza y de fe.

¹ BENEDICTO XVI, *Palabras en el Ángelus después de la Beatificación*, 28. X.2007.

1. ¿QUIÉNES ERAN?

El día 29 de mayo del 2021, la Iglesia proclamará beatas a las tres jóvenes enfermeras, mártires de la persecución religiosa sufrida en suelo español entre los años 1931 y 1939. Las tres eran laicas, tenían una formación básica y se dedicaban principalmente a cuidar a la familia y a las labores del hogar. Pertenecían a diversas asociaciones eclesiales con las que participaban en actos religiosos y en actividades caritativas. Tanto Octavia como Olga tenían su domicilio en Astorga, mientras que Pilar residía en Madrid de forma habitual, aunque pasaba largas temporadas en la noble ciudad maragata, lugar de origen de su familia.

Cuando estalló la guerra civil española el 18 de julio de 1936, y movidas por el deseo de servir a los hermanos, realizaron unos cursos organizados por la Cruz Roja de Astorga, obteniendo el título de “Damas Auxiliares Voluntarias” que las avalaba para asistir a enfermos y heridos. El comandante militar del ejército nacional de la avanzadilla de Somiedo (Asturias) solicitó ayuda a la Cruz Roja y después del correspondiente sorteo, el 8 de octubre de 1936, las tres partieron para el Hospital de Sangre situado en dicho lugar. El 27 de octubre, el ejército republicano reconquistó la zona y las enfermeras fueron hechas prisioneras al no querer abandonar el hospital y la atención a los heridos.

Trasladadas a la población de Pola de Somiedo, fueron entregadas al Comité de Guerra local. El responsable del mismo las coaccionó para que renegaran de la fe a cambio del perdón, pero ellas rechazaron la propuesta manteniendo su fidelidad a Cristo. Entonces fueron entregadas a los milicianos que, después de someterlas a todo tipo de vejaciones durante la noche, y de presionarlas de nuevo durante toda la mañana, en torno a las dos de la tarde del día 28 de octubre, fueron conducidas a un prado cercano donde tres milicianas les dispararon hasta acabar con sus vidas.

Aunque se había tenido noticia de su captura, la confirmación de sus asesinatos no llegó a sus familias hasta inicios de febrero de 1937, gracias a las gestiones realizadas por la Cruz Roja Internacional. El 30 de enero de 1938 pudieron ser exhumados sus cadáveres que, trasladados a Astorga y sepultados en la catedral al día siguiente, recibirían sepultura definitiva el 28 de junio de 1948.

2. LA GRACIA DE LA BEATIFICACIÓN

La Iglesia diocesana de Astorga está de fiesta: la beatificación de nuestras Mártires pone de manifiesto que, por la fuerza de Cristo resucitado, el amor ha vencido al odio, la vida a la muerte, el perdón a la venganza. La comunidad eclesial no puede renunciar a glorificar a Dios que ha sido el verdadero vencedor; sin la fuerza de su Espíritu, ningún ser humano puede entregar la vida por amor ay amando. Esta beatificación será, en primer lugar, un motivo para la glorificación de Dios.

Con San Juan Pablo II, reiteramos la necesidad de conservar la memoria de los cristianos que han sacrificado su vida para ratificar su fe; si se perdiera, “el tiempo presente con sus proyectos y sus ideales, perdería un componente valioso, puesto que los grandes valores humanos y religiosos ya no estarían sostenidos por un testimonio concreto, insertado en la historia”².

Por otra parte, con la beatificación, Pilar, Octavia y Olga son propuestas como modelo y estímulo de vida cristiana. Como en su día dijo el Cardenal Angelo Amato refiriéndose a los mártires de la persecución española en el siglo XX, “les recordamos porque a nosotros nos incumbe el deber de la memoria para no descuidar este patrimonio incomparable de obediencia al Dios de la vida y a su palabra de caridad”³. Frente a un mundo como el nuestro, en el que los proyectos de vida se plantean mayoritariamente desde los intereses personales, nuestras Mártires se pusieron a la escucha de la voz de Dios y fueron fieles hasta el fin a su vocación bautismal.

Nuestras Mártires ponen en valor la vocación laical. Eran conscientes de que el bautismo las había convertido en hijas de Dios, discípulas de Cristo, y obreras del Reino de Dios. Pilar, Octavia y Olga fueron madurando y configurándose con Cristo a través de la oración, la celebración de la fe, la caridad; y tampoco descuidaron su formación doctrinal. Por otra parte, no se limitaron a ser “consumidoras” de lo religioso, sino que se comprometieron con la Iglesia impartiendo catequesis y colaborando con las asociaciones y movimientos a los que pertenecían. Su testimonio deja en evidencia la insuficiencia de una vida cristiana vivida de forma indolora, individualista y sin compromiso.

Nuestras Mártires no estaban vinculadas a ninguno de los dos bandos que pugnaban en la contienda, en coherencia con el espíritu de imparcialidad de la propia Cruz Roja, que acudía allí donde se la llamaba, independientemente de quien controlara aquel lugar. Ellas no empuñaron ningún arma, ni siquiera usaron la palabra para atacar a nadie. Simplemente, movidas por una humana compasión y una virtuosa caridad cristiana, se apuntaron a un voluntariado sanitario aun conociendo los riesgos y peligros que corrían. ¡Ojalá nos miremos y se miren muchas personas en su espejo!

Los datos sociológicos muestran que, en los momentos de grave crisis, se produce ciertamente un aumento de los donativos; así sucedió en la crisis financiera iniciada en el 2008 y así está sucediendo en la crisis actual, más compleja que la anterior. Sin embargo, también se constata la aparición de una cierta fatiga de la caridad y una tendencia creciente a la profesionalización de la atención a los necesitados. Sin duda ha sido beneficioso y positivo contar con profesionales expertos a la hora de salir al paso de ciertas situaciones de marginación y pobreza, pero no se debe olvidar la importancia del servicio desinteresado, parábola del amor gratuito de Dios. En este sentido, el testimonio

² JUAN PABLO II, *Mensaje a la VIII Sesión de las Academias Pontificias*, 3. XI. 2003.

³ CARD. ANGELO AMATO, *Homilía en la beatificación de los mártires de Almería*, 25.III.2017.

de Pilar, Octavia y Olga ha de servir para incrementar este servicio generoso a través de la institución del voluntariado cristiano.

Su testimonio de coherencia y valentía servirá de gran ayuda en el presente, a niños y adolescentes, a jóvenes, a adultos y ancianos, a casados y solteros, a sacerdotes y consagrados a Dios. Pero especialmente a los jóvenes. Vosotros, queridos jóvenes, vivís insertos en una cultura empañada en rebajar el peso de la realidad de las cosas y en crear microrrelatos que encandilan, con frecuencia os veis desorientados y perdidos. Controlados por una cultura que defiende que no hay valores absolutos y que todo depende de intereses particulares, no pocos os encontraréis vacíos. Como nuestras Mártires, dejad que el Evangelio irrumpa en vuestra vida, para no tener ya nunca miedo de nada ni de nadie y para no perder nunca la esperanza.

3. LA SANTIDAD: NATURALEZA Y VOCACIÓN

Antes que un valor moral, la santidad es una cualidad esencial que define al ser de Dios, el único santo en sentido estricto. Así lo proclamamos en la Eucaristía: “*Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria*” (Is 6,1-2). Por un acto de amor, Dios ha querido hacernos partícipes de su santidad, ya que –como dice el Papa Francisco– es el Dios que “derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios”⁴. Por el Bautismo, participamos de la vida divina. Esa santidad, la misma de Dios, se nos sigue regalando por la fe y los sacramentos, a través de los cuales el Espíritu Santo nos configura con Jesucristo, meta de nuestro crecimiento espiritual.

Pero la santidad es también tarea humana. Ciertamente, un cristiano no puede concebir su propia misión ajena a un camino de santidad (Cf. 1Ts 4,3). En definitiva, la santidad “es vivir en unión con él (Jesucristo) los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él”⁵. De este modo, progresivamente, nos vamos identificando con el Señor y llegamos a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor, puesto que, como dice Benedicto XVI, la santidad es la caridad plenamente vivida⁶.

Por otra parte, la llamada a la santidad está presente ya desde las primeras páginas de la Biblia. Así sucede en el caso de Abraham, nuestro padre en la fe, que fue invitado por Dios: “*Camina en mi presencia y sé perfecto*” (Gen 17,1). Jesús de Nazaret actualiza la llamada: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” (Mt 5,48), de la que se hace eco el Concilio Vaticano II cuando recuerda que todos los cristianos somos llamados por el Señor, “cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el

⁴ FRANCISCO, *Gaudete et exsultate*, 6.

⁵ *Ibid.* 20.

⁶ BENEDICTO XVI, *Audiencia*, 13. IV. 2011.

mismo Padre”⁷. Posteriormente, San Juan Pablo II fue muy explícito también al afirmar que “si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial”⁸. Y, en fin, el Papa Francisco ha subrayado que la santidad no está pensada sólo para aquellos que se alejan de las ocupaciones ordinarias y se dedican a la oración, sino que “todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día...”⁹.

4. UNA PASTORAL DE LA SANTIDAD

Por desgracia, esta llamada a la santidad no resulta suficientemente oída y atendida. Tal vez se deba a que hemos insistido demasiado en los factores extraordinarios que supone. Saliendo al paso de este prejuicio ya San Juan Pablo II nos recordaba que “este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos *genios* de la santidad”¹⁰. Podríamos decir que estamos llamados a hacer cosas ordinarias de manera extraordinaria¹¹. Puede también que haya influido la insistencia en una espiritualidad demasiado centrada en el rechazo y la huida del mundo (gnosticismo), en creer que limita nuestra humanidad cuando en realidad, si la vida humana se realiza en la entrega, el martirio es la suprema realización de la persona¹², o puede que se deba sencillamente al excesivo protagonismo humano frente a la gracia (pelagianismo). También ha podido influir incluso una cultura refractaria al sacrificio o a la heroicidad y sospechosa ante cualquier intento de lograr la excelencia moral¹³.

Guardamos memoria emocionada de la reciente celebración del Año Diocesano de la Santidad, promovido y animado por mi predecesor, el recordado y amado Mons. Juan Antonio Menéndez. A pesar de los frutos cosechados, es necesario seguir promoviendo una pastoral de la santidad. Como decía San Juan Pablo II, “la perspectiva en que debe situarse el camino pastoral de la Iglesia es el de la santidad”¹⁴. La Iglesia, sacramento de la salvación de Dios, ha de anunciar la Buena Noticia salvadora llamando a la conversión y a la configuración con Jesucristo, ha de ser cauce de la gracia y acicate para el compromiso en la edificación del Reino de Dios en este mundo. En suma, la

⁷ *Lumen gentium*, 11.

⁸ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 31.

⁹ FRANCISCO, *Gaudete et exsultate*, 14.

¹⁰ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 31.

¹¹ Cf. *Gaudete et exsultate*, 17.

¹² Cf. CARD. RICARDO BLÁZQUEZ, *Quién es un mártir cristiano*, en MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ (ed.), *El martirio cristiano. Testimonio y profecía*, EDICE, Madrid 2007, p. 51

¹³ MONS. MARTÍ ALANÍS, *Hablar hoy de persecución religiosa en España*, en *Ibidem*, p. 104.

¹⁴ Papa PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 30.

comunidad eclesial ha de asumir como tarea prioritaria e irrenunciable la promoción de la santidad en todos sus miembros.

Uno de los medios indudablemente más importantes para llevar adelante esta tarea es la presentación del testimonio de los santos. Hace falta despertar el interés hacia ellos y poner al alcance de los fieles la noticia de su recorrido vital sin dejar en el olvido los elementos más humanos y frágiles que en él se hayan podido dar por su criaturalidad o finitud. En la Carta a los hebreos se nos refieren distintos testimonios que nos animan y se nos dice también que tenemos “*una nube ingente de testigos*” (Heb 12,1) que nos insta e impulsa a no detenernos en el camino. En la misma línea, el Papa Benedicto XVI nos recuerda que, al contemplar la constelación de santos, se despertará en nosotros el deseo de serlo¹⁵.

5. EL MARTIRIO CRISTIANO

El camino hacia la santidad no es único sino muy variado, según las diferentes vocaciones: sacerdotal, matrimonial, consagrada religiosa o secular. Algunos han llegado a la meta desde la vida contemplativa, otros desde la reflexión intelectual. Hay santos que se han dedicado a las obras de caridad, otros a la enseñanza, a la economía, a la política... En cualquier caso, todos han llegado a la cumbre asemejándose e identificándose con Jesucristo, dando testimonio de fe, amor y esperanza. Este testimonio ha alcanzado y alcanza la cima espiritual y moral en el martirio. “El martirio real o potencial es la forma perfecta del seguimiento de Jesús, del amor y de la perfección cristiana”¹⁶; además, “es denuncia de todas las idolatrías y la victoria sobre todos los totalitarismos”¹⁷. El mártir no entrega la vida física porque no la ame, sino porque, como diría San Pablo, para él la vida es Cristo y una ganancia el morir (Cf. Flp 1,21). Ciertamente, nadie daría la vida si no fuera porque ha experimentado una vida en plenitud en comunión con Cristo y, desde él, con los hermanos. En definitiva, “el martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe; designa un testimonio que llega hasta la muerte”¹⁸.

5.1. **Jesús, el testigo por excelencia.** El propio Jesús tenía conciencia de haber venido a este mundo “*para ser testigo de la verdad*” (Jn 18,37). Su muerte es la muerte martirial por excelencia, la muerte del testigo supremo de fidelidad al Padre y de amor total hacia los hermanos; por ellos ofrece su vida para destruir el pecado que les aprisiona y para abrirles caminos de reconciliación y de paz. De hecho, murió perdonando a sus enemigos. La lectura y meditación de

¹⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Solemnidad de Todos los Santos*, 1. XI. 2006.

¹⁶ CARD. FERNANDO SEBASTIAN, *Mártires en la vida de la Iglesia. La vida cristiana como vida martirial*, en M^a ENCARNACIÓN GONZÁLEZ (ed.), *Mártires del siglo XX en España. Don y desafío*, EDICE, Madrid 2008, p. 27.

¹⁷ *Ibidem*, p. 39.

¹⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 2473.

las Escrituras y la experiencia del rechazo de su Mensaje por parte de su pueblo le hicieron pensar que la muerte era algo más que una hipótesis probable. A pesar de ello, siguió cumpliendo fielmente una misión, de la que también pretendió apartarle el demonio. Su muerte no fue la muerte de un desesperado de esta vida. En realidad, no vino a este mundo para morir como murió, sino para mostrarnos el amor de Dios, hacernos sus hijos y darnos la vida eterna. Pero, en un mundo dominado por el pecado, no pudo alcanzar este fin “sino soportando los dolores de su pasión y las tinieblas de su muerte”¹⁹.

5.2. La vida cristiana como vida martirial. Jesús preparó a sus discípulos diciéndoles que les pasaría lo mismo que le iba a pasar a él: serían rechazados y perseguidos. De este modo, quería comunicarles serenidad y fortaleza. Y es que –como él mismo decía– el discípulo no va a ser más que su maestro (Cf. Mt 10,24). De igual modo, les dio ánimos frente a los que sólo pueden matar el cuerpo y nada más (Cf. Lc 12,4), asegurándoles la asistencia del Espíritu Santo frente a los acusadores (Cf. Lc 12,12) y el cuidado providente del Padre (Cf. Lc 12,6-7).

Forma parte de la vocación cristiana resistir al mal incluso hasta la sangre. La posibilidad del martirio está siempre presente en la vida de los cristianos. Hoy mismo, de hecho, se producen episodios martiriales en muchos puntos del planeta. De este modo, se cumple el anuncio del rechazo y la persecución y también la promesa del Señor de no abandonarlos en esos momentos difíciles y decisivos.

5.3. El martirio de Pilar, Octavia y Olga. La muerte de las tres jóvenes astorganas resplandece como martirial. En efecto, las tres aceptaron la muerte como testimonio de fe cristiana. Se demuestra por el hecho de que murieran aclamando a Cristo Rey, que en ningún momento se desprendieran de los objetos religiosos que portaban, que se prepararan a la muerte orando sin ocultarse. Además, se dejaron matar sin usar la violencia, sin defenderse; es más, murieron perdonando a sus verdugos. En el momento final, cuando los milicianos se aproximaban al Hospital de Sangre de Somiedo, no huyeron, se quedaron al lado de los heridos a sabiendas de lo que podía sucederles. Es más, hasta el último momento se les dio la oportunidad de apostatar, pero no lo hicieron, manteniéndose con gran entereza tanto en el momento del arresto como a lo largo del mismo.

Solteras las tres, recibieron una educación reglada básica y un arropamiento religioso familiar importante, sobre todo Pilar y Octavia. Su vida fue sencilla, dedicándose sobre todo al cuidado de sus padres, a las labores del hogar, a las artes plásticas. Llevaban una intensa vida de piedad y apostólica, perteneciendo en diferentes momentos a distintas asociaciones: Hijas de María, Hijas del Corazón de Jesús, Acción Católica y Señoritas del Ropero de los Pobres de San Vicente de Paúl. Por otra parte, siendo conscientes del riesgo que corrían si

¹⁹ CARD. FERNANDO SEBASTIÁN, *op. cit.*, p. 40.

perseveraban en su compromiso cristiano público, se mantuvieron firmes. En definitiva, la santidad de las tres jóvenes fue una santidad del día a día, la “santidad de la puerta de al lado”²⁰. Su testimonio supremo, evidentemente, tuvo lugar en el momento del asesinato, pero éste no fue fruto de un golpe repentino del corazón o de un arrebato místico, sino que se fue cimentando progresivamente en la vida sencilla del hogar, en la colaboración con la parroquia y en las actividades de la asociación apostólica de turno, vivido todo ello en una profunda identificación con Jesucristo.

6. FECUNDIDAD DEL MARTIRIO

6.1. El amor y el martirio, puntos de partida y de llegada de la misión evangelizadora. El punto de partida de la misión de Jesucristo fue el amor del Padre. Efectivamente, queriendo en su misericordia rescatarnos del pecado y de la muerte, envió a su Hijo al mundo. Y, aunque su objetivo no era la muerte, la resistencia mundana le llevó hasta la Cruz, punto de llegada de su misión, testimonio de la entrega radical y total a la voluntad del Padre y a la salvación de los hombres.

También el punto de partida de la misión de la Iglesia ha sido y es el amor de Dios pues, a través de ella, quiere salvar a la humanidad. De igual modo, el punto de llegada será inevitablemente el testimonio radical que culmina en la cruz. Como dice San Pablo VI, “para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana”²¹. Este testimonio alcanza su expresión más radical en la aceptación del sufrimiento, la persecución y la muerte. Sin espíritu de sacrificio, no es posible la misión. Las almas se salvan con la cruz y desde la cruz.

6.2. El mártir, testigo del amor. Cristo, el mártir por antonomasia, confirmó su fidelidad absoluta al Padre con su muerte de cruz. Lo decisivo en la condición de mártir no es la forma en la que muere, sino la causa por la que muere. Sin duda, el martirio es la forma más alta de amor a Jesucristo: “*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*”, dice él mismo (Jn 15,13). También es el momento en que con más fuerza y nitidez brilla el poder del Espíritu Santo. El mártir no es un extremista que lleva la fidelidad a extremos exagerados, como pueden pensar los seducidos por el maligno. Nuestro mundo contemporiza con facilidad con los valores mundanos; incluso las personas más cercanas pueden empujar al testigo a compartir el reinado de Dios con el de los ídolos. Pero el mártir, con su fidelidad a Jesucristo, imita la radicalidad con la que él amó al Padre; de este modo, hace buena la afirmación de la Carta a los Hebreos: “*Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre*” (Heb 13,8).

²⁰ FRANCISCO, *Gaudete et exsultate*, 7.

²¹ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 41.

El amor y la fidelidad que Jesucristo profesa al Padre y que le lleva en último término a aceptar la cruz, se hace extensible también a aquellos a los que el mismo Padre ama. Toda su vida es manifestación palpable y concreta de ese amor, volcado especialmente con los pobres, los enfermos, los excluidos... Se trata de un amor universal, que no conoce fronteras, un amor que no se para ni siquiera ante aquellos que acaban con su vida: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Los mártires dan su vida por amor a Jesucristo. Los “vivas” lanzados a favor de Cristo Rey en el momento del martirio por las tres jóvenes no dejan ningún lugar a la duda. Los mártires, tampoco se olvidan de sus hermanos. El compromiso de Pilar, Octavia y Olga arrancaba de una espiritualidad encarnada y comprometida. La participación asidua en la Eucaristía y la contemplación de Jesucristo en la cruz con María su madre a los pies alimentaba su compasión hacia los heridos en el frente bélico y las motivaba para proporcionarles un cuidado maternal. Fundamentaba también su preparación para ejercer como Damas de la Cruz Roja y su posterior compromiso en el Hospital de Sangre de Somiedo donde fueron apresadas la víspera de su martirio. No por otro motivo permanecieron al lado de los heridos, aun sospechando el riesgo que corría su vida tras el asalto de los milicianos.

No creemos exagerado afirmar que, para las tres mártires, si doloroso era afrontar su propia muerte, tanto o más lo era afrontar el sufrimiento que iba a causar a su familia y amistades. Pero de ninguna manera se plantearon defraudar a Dios ni defraudar la fe de los suyos.

6.3. Testigo de la esperanza. Dice San Juan Pablo II que los testigos de la fe cristiana en el último siglo son un gran signo de esperanza. “Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo; al pertenecer a diversas confesiones cristianas, brillan asimismo como signo de esperanza para el camino ecuménico... demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza...”. Además, celebran el Evangelio de la esperanza al ofrecer su vida como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Y, en fin, sirven el Evangelio de la esperanza al expresar con su martirio el amor y el servicio al hombre²².

Como Jesucristo, el mártir aprecia la vida terrena, no es un suicida ni un masoquista, pero al aceptar la muerte, manifiesta que hay otra vida incomparablemente más valiosa: la vida eterna que el Señor promete a los mártires por él y por el Evangelio. Ciertamente, ellos preludian el triunfo de la vida sobre la muerte, convirtiéndose así para nosotros en testigos de la esperanza.

Pilar, Octavia y Olga eran tres jóvenes con toda la vida por delante. Sólo una gran esperanza podía capacitarlas para renunciar a ella. Y sólo un gran amor podía sostener esta esperanza: el amor a Jesucristo al que, lo mismo en

²²JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, 13.

celebraciones comunitarias que en el coloquio íntimo, habían escuchado decir: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá” (Jn 11,25). Y también: si el grano de trigo cae en tierra y muere da mucho fruto (Cf. Jn 12,24).

6.4. Testigo de la fe creída, celebrada y vivida. A través del sufrimiento y el sacrificio, el mártir expresa que Jesucristo es el amor de su vida, aquél del que se fía absolutamente. Pero, además, muestra su confianza en el Mensaje evangélico después de interiorizarlo y hacerlo vida propia. Desde esta experiencia de plenitud, el mártir, con su testimonio, hace creíble primero, la verdad de un Dios Padre, creador, misericordioso y providente; segundo, la verdad del mundo, creado por él y puesto a nuestro cargo para que lo cuidemos y transformemos, a la vez que nos valemos de sus recursos para sobrevivir y compartir con los hermanos; tercero, la verdad del sentido de la vida humana nacida de Dios y destinada a la vida eterna. Como dice San Juan Pablo II, el mártir “es el testigo más auténtico de la verdad sobre la existencia. Él sabe que ha hallado en el encuentro con Jesucristo la verdad sobre su vida y nada ni nadie podrá arrebatarle jamás esta certeza”²³.

En cuarto lugar, el mártir es testigo también de la verdad celebrada, pues, a la vez que celebra el don de Dios, une su entrega y sacrificio al de Jesucristo para gloria del Padre y bien de los hermanos. Y, en fin, el mártir es testigo de la verdad vivida en el marco de las bienaventuranzas y de los mandamientos. En el martirio, se ve confirmada la inviolabilidad del orden moral, resplandece la santidad de la ley de Dios y la intangibilidad de la dignidad humana²⁴.

En esta época de relativismo moral, la Iglesia propone el ejemplo de los santos que han testimoniado y defendido la verdad moral hasta el martirio, “ha canonizado su testimonio y ha declarado verdadero su juicio, según el cual, el amor implica obligatoriamente el respeto de sus mandamientos, incluso en las circunstancias más graves, y el rechazo de traicionarlos, aunque fuera con la intención de salvar la propia vida”²⁵.

En suma, los mártires son testigos de la verdad vivida. Ciertamente, “los mártires no nos enseñan primordialmente a morir, sino a vivir. Pero no de cualquier manera, sino de manera más seria, responsable y radical, según el Evangelio. Su memoria es siempre peligrosa y oportuna. Peligrosa porque pone en crisis nuestro estilo de vida... Oportuna porque reenciende el fervor vocacional y enardece los ánimos para secundar los compromisos iniciados”²⁶.

Pilar, Octavia y Olga eran unas jóvenes normales. Como las de su edad y época, supieron divertirse, sonreír, conversar, vivieron y aprendieron en familia

²³ BENEDICTO XVI, *Fides et Ratio*, 32.

²⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 92.

²⁵ *Ibid.*, 91.

²⁶ CARD. AQUILINO BOCOS, *Jóvenes y testimonio de la fe. 51 Misioneros Claretianos Mártires*, en M^a ENCARNACIÓN GONZÁLEZ(ed.), *Hablar hoy de martirio y santidad*, EDICE, Madrid 2007, p. 265.

el servicio y el don al prójimo... Pero su vida, tal y como la describen los testigos, fue enteramente ejemplar, respondiendo a la gracia recibida con el bautismo y entrando en la ley del hacer el bien y evitar el mal, en la ley de la imitación de Cristo, y así obtuvieron la gracia de la perseverancia final.

En efecto, identificadas con el que es el camino, la verdad y la vida (Cf. Jn 14,6), hicieron suyas las bienaventuranzas. Siguiendo al que se presentó como manso y humilde, vivieron la mansedumbre (Cf. Mt 5,4); venciendo la tentación de la vida fácil y cómoda, se dejaron conmover y lloraron las penas de los pobres y heridos de este mundo (Cf. Mt 5,5); removidas sus entrañas por una guerra injusta como todas, pusieron los medios a su alcance para recuperar la justicia y la paz (Cf. Mt 5,6.9); conscientes y agradecidas a la misericordia de Dios, perdonaron a sus verdugos (Cf. Mt 5,7); y, en fin, bañadas en el agua de la gracia divina y ejercitadas en la virtud de la pureza, mantuvieron limpio su corazón, incluso en medio de la tormenta final (Cf. Mt 5,8).

CONCLUSIÓN

La situación pandémica que padecemos puede llevarnos a creer que el único problema que padece nuestro mundo es el sanitario. Pero no es así. Ya antes existían multitud de problemas que, si cabe, se han agudizado aún más. Tenemos un problema serio y de fondo con la verdad, víctima del relativismo y del oportunismo de las ideologías. En un contexto relativista como el actual, el testimonio de nuestras Mártires, a modo de salvavidas, nos mantiene a flote en la verdad que libera y por la que ellas estuvieron dispuestas a dar la vida. Ciertamente, Pilar, Octavia y Olga, con su testimonio definitivo, demuestran la verdad de Jesucristo y reaniman nuestra fe.

En nuestros días tampoco la esperanza está fuerte. La fe ciega en los avances científico-técnicos y en su capacidad de resolver todos los problemas humanos está siendo puesta en entredicho. Un simple y diminuto virus ha puesto en jaque a la humanidad entera. El consumo, como principio de felicidad, también está siendo cuestionado, sobre todo en el Occidente desarrollado. Las innumerables vidas segadas por el Covid-19 dejan tras de sí un reguero de dolor y hasta de desesperación. En este contexto, resplandece también con fuerza el testimonio de nuestras Mártires. Ellas fueron capaces de dar su vida porque, en comunión con Cristo y con su Iglesia, habían pregustado otra que, aunque ha puesto su tienda en esta tierra, no tiene en ella su meta, sino más allá, en el Reino de los cielos.

Y, en fin, a pesar de tantas personas que se entregan cada día por los demás, el mundo está también anémico de amor: mucha gente se halla sola y abandonada, muchos son excluidos, a otros se les niegan los recursos necesarios para vivir una vida digna... Como dice el Papa Francisco, “hemos crecido en muchos aspectos, pero seguimos siendo analfabetos en acompañar, cuidar y

sostener a los más frágiles y débiles de nuestra sociedad...”²⁷. Las tres Mártires, no sólo cultivaron la intimidad con Jesucristo, no sólo alimentaron su vida espiritual, sino que compartieron con los demás la fe creída, celebrada y vivida. El amor recibido especialmente en la Eucaristía que, como dice San Juan Pablo II, “es el origen de toda forma de santidad”²⁸, alimentó su entrega amorosa a los hermanos caídos en el camino más allá de su propio círculo de pertenencia, tal como hizo Jesucristo, el Buen Samaritano.

Ellas expresaron con el don de sus vidas el acto supremo de fe, esperanza y caridad. Bautizadas, en el seno de la Iglesia aprendieron a creer y a manifestar personalmente su fe. La Iglesia, a través de la parroquia y asociaciones eclesiales fue para ellas Madre que engendró, nutrió y robusteció su fe. Por eso son ahora verdaderos tesoros de nuestra Iglesia diocesana; son como centinelas de Dios que nos llaman a levantar la mirada al cielo, brújulas que nos orientan hacia la Patria definitiva.

Concluyo agradeciendo en nombre de la Diócesis al Papa Francisco, al Cardenal Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, a la Fundación Mártires Laicas de Astorga, a la Postuladora y a todos cuantos, con su trabajo, han intervenido en esta Causa de Beatificación de una manera u otra. Al mismo tiempo, doy gracias a Dios por este espléndido don y le suplico nos ayude a crecer cada día en santidad, emulando el testimonio de fortaleza, coherencia, caridad y fidelidad a la gracia de nuestras Mártires. Que así sea.

+ Jesús, Obispo de Astorga

²⁷ FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 64.

²⁸ JUAN PABLO II, *Sacramentum caritatis*, 94.

